

¡¡¡Mi perro no me entiende!!!

Caroline Spencer

Traducido del inglés por Alejandro Pradera

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Why Does My Dog Do That?*

Publicado por primera vez en Inglaterra por How To Books, un sello de Constable & Robinson Ltd., 2013

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Caroline Spencer 2013

El derecho de Caroline Spencer a ser identificada como la autora de esta obra ha sido confirmado por ella de acuerdo a la ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988.

© de los dibujos: Colin Shelbourn 2013

www.shelbourn.com

© de la traducción: Alejandro Pradera Sánchez, 2013

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 91 393 8888

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-7870-2

Depósito legal: M. 24.906-2013

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Gracias a todos los perros que he conocido y amado, y que siguen enseñándome muchas cosas.

Gracias también a Lesley Harris por su infinita paciencia: me escuchó, leyó el manuscrito, hizo comentarios y me ayudó a hacer más legibles y comprensibles algunas cuestiones importantes.

Gracias también a Nikki y Gilles, de la editorial How To Books; a Jo Stansall, de Constable & Robinson; y a Jon Davies.

Por último, gracias a Paul Manktelow por escribir el prefacio de este libro.

Índice

| | |
|---|----|
| Prefacio | 13 |
| Prólogo | 19 |
| Introducción | 23 |
| El punto de vista de un perro, por Spot | 27 |
| | |
| 1 Entienda a su perro | 41 |
| El antropomorfismo: los perros como personas | 41 |
| El lenguaje y las relaciones | 44 |
| El instinto de supervivencia en un mundo humano | 45 |
| El método de PURE Dog Listeners | 47 |
| El lenguaje corporal | 48 |
| La confianza y el respeto | 50 |
| Amabilidad, empatía y orientación | 53 |
| Cinco factores de desarrollo: el ciclo conductual | 54 |
| 2 La alimentación | 59 |
| Los buenos hábitos alimenticios | 60 |
| Prioridad a la hora de comer | 62 |
| Mantener el control | 63 |
| El sistema de prioridad a la hora de comer | 65 |

| | |
|---|-----|
| Agresividad con la comida y prioridad avanzada a la hora de comer | 66 |
| Cuándo poner fin a la prioridad a la hora de comer | 68 |
| Los huesos | 69 |
| 3 Afrontando el peligro | 73 |
| Ladridos en casa | 76 |
| Ladridos en el jardín | 80 |
| Ladridos durante el paseo | 81 |
| Lista de comprobaciones para afrontar el peligro | 83 |
| 4 La agresividad | 85 |
| Cómo afrontar la agresividad | 88 |
| Agresividad hacia la gente | 89 |
| Agresividad con la comida | 90 |
| Agresividad con correa | 90 |
| Agresividad dentro de la manada | 92 |
| Cómo evitar que un perro nos muerda | 94 |
| Lista de comprobaciones para evitar que un perro nos muerda | 95 |
| 5 Mantener la calma | 99 |
| La sujeción tranquilizadora | 99 |
| El paseo tranquilizador | 101 |
| 6 El paseo | 105 |
| ¿Por qué tiran los perros? | 106 |
| El paseo («sígueme») | 107 |
| Agresividad hacia otros perros | 112 |
| Otros perros sueltos | 114 |
| El contacto visual | 115 |
| Lista de comprobaciones para pasear a su perro | 118 |

| | | |
|-----------|--|-----|
| 7 | El reencuentro y el afecto | 123 |
| | Lista de comprobaciones para el reencuentro y el afecto | 128 |
| 8 | Disciplina con consideración | 131 |
| | Los cuatro niveles de corrección silenciosa | 133 |
| | Utilización de los niveles. Casos prácticos | 137 |
| 9 | Estrechar lazos jugando | 141 |
| | «Siéntate» y «échate» | 144 |
| | «Trae» | 146 |
| | «Sígueme» | 148 |
| | Otras sugerencias para aprender jugando | 149 |
| 10 | Problemas de conducta frecuentes | 153 |
| | Repentinos cambios de conducta | 153 |
| | Cómo enseñar la llamada | 154 |
| | La llamada con dos perros | 157 |
| | Ansiedad por la separación | 158 |
| | Perros que muerden jugando | 165 |
| | Perros que sonríen | 166 |
| | Perros que se abren paso a empujones | 167 |
| | Perros que brincan | 169 |
| | Perros que tiran de la correa | 171 |
| | Perros que ladran demasiado | 174 |
| | Perros que ladran para llamar la atención | 176 |
| | Miedo al coche | 176 |
| | Perros que persiguen animales | 180 |
| | Perros que marcan y defecan en casa | 181 |
| | Perros que marcan demasiado durante el paseo . | 184 |
| | Perros que atacan a la aspiradora | 185 |
| | Perros que rehúyen los juegos | 187 |
| | Perros que se persiguen la cola | 187 |
| | Perros que persiguen obsesivamente luces y sombras | 188 |

| | |
|---|-----|
| Perros que cavan hoyos en el jardín | 189 |
| Los mimos | 191 |
| Perros maniáticos con la comida | 192 |
| Ansiedad por el ruido | 194 |
| Perros que conviven con otros perros y gatos | 195 |
| Perros que arrastran el trasero | 197 |
| Perros que comen heces | 198 |
| Perros que montan | 200 |
| 11 Perros de perrera | 203 |
| Cómo llevarse a casa un perro de perrera | 205 |
| Perros poco comunicativos | 208 |
| 12 Los niños y los perros | 211 |
| Los bebés y los perros | 213 |
| 13 Los cachorros | 219 |
| Escoger un cachorro y llevarlo a casa | 219 |
| Adiestramiento con la jaula | 225 |
| Socialización del cachorro | 225 |
| 14 Salud y felicidad | 231 |
| Cepillado y masaje | 231 |
| La castración | 233 |
| La esterilización | 234 |
| 15 ¿Criar o no criar? | 237 |
| 16 ¿Más de un perro? | 241 |
| | |
| Los 15 mandamientos | 247 |
| Nota de la autora | 249 |
| Índice analítico | 251 |

Prefacio



El antepasado de los perros de hoy en día es el lobo —ambas especies poseen un ADN casi idéntico—, de modo que presentan muchas conductas parecidas. Sin embargo, nuestros perros domésticos han ido evolucionando para convivir con los seres humanos y, por consiguiente, ahora muestran muchas conductas distintas en comparación con sus primos salvajes. Dicho esto, el comportamiento de los lobos salvajes no es el asunto de este libro, pero desempeña un importante papel en nuestro aprendizaje. Si nos fijáramos únicamente en los lobos, sería como estudiar a los chimpancés a fin de entender a los seres humanos. Tienen sus semejanzas,

pero también sus diferencias, de modo que resulta muy útil tener en cuenta ambas especies para entender el funcionamiento de la comunicación, así como de las conductas, y por consiguiente es lógico examinar a los lobos para comprender mejor su comunicación y su forma de trabajar en equipo.

Resulta interesante hacer conjeturas sobre por qué los lobos acabaron evolucionando hasta convertirse en lo que hoy en día conocemos como perros. La humanidad empezó a domesticar a los lobos hace miles de años. Unos recientes estudios realizados en Rusia han revelado la forma en que probablemente se llevó a cabo. Los hombres utilizaban al zorro plateado, un animal famoso por su temperamento agresivo, y escogían a los cachorros más tranquilos y apacibles. En el plazo de tres generaciones, los hombres descubrieron que estaban produciendo zorros capaces de interactuar con los seres humanos. Y aún más sorprendente era el hecho de que no solo habían conseguido crear una personalidad más dócil, sino que también se estaban produciendo cambios físicos, tanto en el color como en el aspecto general —por ejemplo, algunos animales tenían las orejas caídas—. Es casi seguro que lo mismo ocurrió con los lobos, a medida que los más inteligentes se iban dando cuenta de que podían conseguir comida quedándose en las inmediaciones de los asentamientos humanos. Ambas partes de la asociación salían beneficiadas: los lobos por la comida, y los seres humanos por la alerta temprana y la protección y, más tarde, por poder trabajar juntos a la hora de cazar. Dado que los cambios en los colores y la forma corporal de los lobos se producían de forma natural, indudablemente los seres humanos aceleramos el proceso a base de fomentar los cambios que más nos gustaban.

A consecuencia de ello fueron surgiendo animales con aspectos sumamente distintos, que culminaron en la enorme variedad de perros domésticos que tenemos hoy en día. Así pues, básicamente hemos obtenido unos aspectos diferentes y unas personalidades más dóciles (desde el punto de vista de los seres humanos), pero la configuración cerebral y las habilidades para la comunicación siguen siendo las mismas.

En el seno de nuestra familia humana, tenemos que marcar unos límites. Ocurre lo mismo en el seno de una manada de perros, y no olvidemos que el término «manada» es una palabra ideada por el hombre para designar a una familia de perros o de lobos, igual que ocurre con una familia de leones. En el seno de todas esas familias, si no existieran normas, límites, orientación ni entendimiento, el grupo no funcionaría adecuadamente, y por tanto su supervivencia se vería amenazada. Necesitamos comprender al perro doméstico para entender plenamente sus habilidades para la comunicación, sus conductas sociales y su jerarquía. Pero, análogamente, ellos también necesitan comprendernos a nosotros: es un camino de dos direcciones.

Los perros domésticos poseen la capacidad de entendernos en cierta medida —nos entienden mejor que los chimpancés, a los que se considera nuestros parientes más próximos—, pero debemos ser conscientes de que dentro de cada raza, y dentro de cada camada, hay muchas personalidades, igual que las hay en la familia humana. Con eso es con lo que trabajamos: con personalidades individuales. Igual que ocurre en la enseñanza con cualquier alumno, la facilidad con la que aprenderá el estudiante depende en gran medida de su personalidad y su inteligencia. Si el perro cree

que el maestro no está a la altura, su aprendizaje se verá limitado.

Debemos entender claramente que un perro solo puede ser un perro, y que una persona solo puede ser una persona; ambos tenemos que encontrar un nivel mutuamente aceptable de entendimiento para permitir que el perro se adapte a las conductas que nosotros esperamos que se manifiesten en él.

A fin de crear la mejor relación posible entre el perro y la persona, es esencial evitar conductas y artilugios crueles. Los collares y las correas se utilizan porque lo exige la ley, pero es preferible utilizar un arnés, sobre todo cuando trabajamos con un perro que ha sufrido maltrato y le asustan las ataduras alrededor de la nuca o el cuello. Lo único que hace falta es una correa, un collar o un arnés *Happy at Heel* (diseñado y patentado por nosotros), algunos juguetes, recompensas en forma de comida, amabilidad, constancia e imaginación.

Lo que cuenta no es lo que decimos, es lo que hacemos... y no solo es lo que hacemos, es lo que sentimos. Todo empieza dentro de nosotros. Así pues, si su perro no lo entiende, primero analice su propia conducta; no le eche la culpa a su perro.

Los principios de la comunicación pura con los perros no son ninguna novedad; es el lenguaje propio de los canes. Otros autores han manifestado su punto de vista sobre ese tipo de comunicación, de modo que me parecía que ahora me tocaba a mí. He dedicado una considerable cantidad de tiempo a observar a los perros, a leer y a poner a prueba mis teorías y las de los demás, sobre todo en el área de orientar y educar a un perro sin recurrir al adiestramiento a base de

órdenes verbales, ni al soborno, ni al empleo de un lenguaje corporal o sonidos intimidatorios. Los libros de John Fisher, Desmond Morris y Turid Rugaas fueron una gran inspiración en mis comienzos. A lo largo de los años he observado a cientos de personas con sus perros y sus hijos, averiguando por qué algunos perros eran buenos y estaban relajados, otros eran un manojo de nervios, otros hacían caso omiso de sus dueños, mientras que otros no paraban de echárseles encima. Lo que más me llamaba la atención eran los dueños, y cuanto más hablaba con ellos y les preguntaba lo que hacían, más me convencía de que menos es más. No hay que darles la lata, no hay que sobornarles, no hay que intimidarles; tan solo hay que orientarles de una forma suave y coherente, una forma que ellos sean capaces de entender. Cuando un perro está haciendo algo «malo» es porque no lo entiende.

Sigo dedicando tiempo a estudiar a los perros de trabajo y a los perros mascota en los criaderos, en los hogares y en los entornos profesionales, pero dondequiera que les vea, el camino del aprendizaje nunca se acaba.

Así pues, como dice Ignacio Estrada:

«Si el alumno no aprende como nosotros le enseñamos le enseñaremos de la forma en que el alumno aprenda».

Hay mucha gente que se autodenomina «comunicador canino». Así que, para distinguirme de ellos, se me ocurrió añadir la palabra «puro», que para mí significa ser siempre natural y ceñirme lo más posible a la comunicación canina. Significa aplicar un enfoque holístico a todos los aspectos del mundo del perro. Mi propósito con este grupo es que sea

siempre reducido e íntimo, a fin de que todos transmitamos el mismo mensaje con un estándar muy alto. Todos nos conocemos muy bien, y seguimos aprendiendo y debatiendo a medida que avanzamos. El grupo de Pure Dog Listeners no solo lleva a cabo consultas individualizadas, sino que también dedica desinteresadamente su tiempo a ayudar a distintas organizaciones benéficas a favor de los perros en general, y a enriquecer su propio desarrollo personal como «comunicadores caninos puros».

Cuando hablamos de adiestradores «tradicionales», la palabra «tradicional» resulta bastante engañosa: parece que significa «siempre lo hemos hecho así». Pero nos estamos comunicando con una especie diferente, los perros, y ellos nunca «lo han hecho así». Ellos tienen su propia forma de hacer las cosas, que les ha funcionado muy bien a lo largo de miles de años.

Me gusta pensar en este método de comunicación pura como un entrenamiento desde la raíz, o bien, más específicamente, como una orientación durante el crecimiento, orientación para adquirir buenos modales y para conseguir que nuestro perro encaje en nuestra vida libre de estrés.

Prólogo



Como veterinario en ejercicio, me corresponde examinar a todo tipo de perros: grandes y pequeños, altos y bajos, con mucho pelo y sin pelo, entre los incontables rasgos que distinguen unas razas de otras. Todas esas diferencias se vuelven insignificantes cuando consideramos la variedad de personalidades caninas con las que nos topamos los veterinarios. En los aproximadamente diez minutos que pasamos en la sala de consultas con un perro y su dueño, podemos hacer acopio de una asombrosa cantidad de información sobre la conducta de un perro, sobre la conducta de un dueño, y, lo que es más importante, sobre la forma en que ambos interactúan entre sí.

Algunos dueños traen a su querida mascota, a la que evidentemente adoran, y la colman de cariño cuando está en la mesa de exploración, y sin embargo el perro parece ignorar todas y cada una de sus palabras y atenciones. En la otra cara de la moneda tenemos otro tipo de dueño, igualmente encandilado con su perro, pero de una forma tranquila y comedida. Da la impresión de que su perro escucha todas y cada una de las órdenes de su dueño, que confía en su criterio, y le mira para saber si el «malvado veterinario» que se le aproxima con un termómetro es de fiar o no. ¿Cómo es posible que dos dueños y sus compañeros del alma tengan unas relaciones tan distintas?

Desde un punto de vista puramente egoísta, no hay nada que me guste más que una mascota obediente, cordial y dispuesta a cooperar en la sala de consultas. Desde el punto de vista de su dueño, tampoco veo ningún inconveniente en ello. Un perro es nuestro mejor amigo, y deberíamos tratarle como tal; si se hace correctamente, nuestro perro nos corresponderá con el mismo afecto. Y aquí viene la parte difícil: ¿cómo hay que plantear la enseñanza de ese tipo de conducta?

La conducta canina es uno de los aspectos más complejos de la práctica veterinaria. Existen incontables libros de texto que pueden enseñarnos a los profesionales a realizar paso a paso las operaciones quirúrgicas más complejas, pero algunos veterinarios se sienten desconcertados ante los problemas de conducta más elementales. No obstante, los dueños y los veterinarios no tienen por qué preocuparse: pueden pedir ayuda. Si uno quiere tener un perro bien equilibrado, cariñoso y confiado, que escucha lo que se le pide y actúa en consecuencia porque quiere, no porque debe ha-

cerlo, es preciso contar con *dos* elementos cruciales. Lo primero, y más importante, hace falta fuerza de voluntad, perseverancia —pase lo que pase— y dedicación... y acabaremos consiguiendo nuestro objetivo.

¿Y lo segundo? Bueno, ya lo ha adivinado usted. Tiene este libro en sus manos. Siga leyendo y disfrute, y eso va por usted y por su perro.

Paul Manktelow

Introducción



La mayoría de los dueños de perros no quieren tener una Lassie, ni un Rin Tin Tin ni un Wonder Dog*: quieren un amigo, un perro que pasee tranquilamente de la correa, que vuelva cuando se le llama, que no sea agresivo, y que en general se porte bien. Un perro al que admitan en cualquier parte y que no sea un incordio. En resumen, un perro con el que puedan disfrutar.

Este libro le ayudará a comprender mejor por qué su perro hace lo que hace, y a ser capaz de poner en práctica

* De la serie de dibujos animados *Super Friends*, emitida en 1973, y protagonizada por distintos superhéroes (N. del T.).

este método a fin de corregir las conductas indeseables de su propio perro. Los perros se comunican mediante el lenguaje corporal, y hay un mensaje en todo lo que hacen. No se están portando mal, están intentando decirle algo a usted, o pidiéndole que haga algo, o transmitiéndole que están sencillamente confusos.

Estamos hablando de una amistad, basada en el cariño y la confianza, y los amigos no se controlan mutuamente por medio de la fuerza, ni de la intimidación, ni del soborno, ni de ninguna otra forma. Así pues, ¿por qué tendríamos que recurrir a esos métodos para conseguir que un perro nos haga caso? Yo quiero que mi perro me quiera, no que me tema, y que ambos disfrutemos de un respeto mutuo.

De modo que no quiero ni forzar ni sobornar a mi perro. Necesito que mi perro se relaje y viva como un ser pensante natural, que utiliza su cerebro para deducir cómo, cuándo y donde, y no que esté pendiente de realizar una acción programada en respuesta a cada movimiento.

En el fondo, da igual lo que haga su perro, lo más importante es lo que hace usted como respuesta a ello. Y ese es el meollo de la pedagogía de este libro.

Los perros son unos animales muy inteligentes, y a medida que usted vaya leyendo los distintos capítulos, le quedará todavía más claro lo inteligentes que son. Así pues, vamos a explorar su mente con la máxima profundidad que podamos, y a intentar ver el mundo desde su punto de vista.

Para ayudar a ponernos en marcha, he aquí una sugerente perspectiva poética de Lesley Harris

SOY UN PERRO

Soy un perro, y no puedo ser nada más,
pero eso PODRÍA ser mucho si —tan solo una vez— pudierais ver
el mundo desde el punto de vista de un perro,
los extraños ruidos que producís, las cosas extrañas que hacéis
que no podemos entender, y eso nos causa dolor,
pero INTENTAMOS ser «buenos» y vosotros volvéis a enfadaros.
Nunca hacemos las cosas «solo para que os enfadéis»,
si os enfadáis con nosotros, eso nos PONE tristes.
Vuestro mundo no es el nuestro, y por mucho que lo intentemos,
no podemos entender «todo lo que nos decís».
Apreciamos nuestras leyes, son honestas y verdaderas,
y a lo mejor hay alguna manera de que os las enseñemos.
Si PUDIERAIS encontrar la forma de comprendernos,
y después decirnos lo que queréis sin armar jaleo
estaríamos MUY contentos, y os serviríamos bien
y nos alegraría MUCHO que nos libranan de nuestro infierno.
Nunca sabréis todo el estrés que soportamos
en un mundo donde nos da la sensación de que a nadie le impor-
tamos.
Ningún perro tiene malas pulgas al nacer,
son los humanos los que le moldean, los que le forman.
Elegimos estar con vosotros cuando, hace mucho tiempo,
abandonamos la vida salvaje, de modo que no nos rebajéis.
Apreciamos vuestra amistad; no queremos ser esclavos.
Vuestro perro se fija en VOSOTROS para saber qué hacer,
de modo que dad las señales adecuadas para decir lo que queréis,
No pretendemos poneros a prueba; queremos haceros caso.
Por favor, aprended a orientarnos, a mostrarnos cariño,
y juntos —como amigos— tendremos todo un mundo para compartir.

Lesley Harris

El punto de vista de un perro, por Spot



Hola. Soy Spot y soy un perro. Nada más... que un perro. No os voy a decir de qué raza soy porque entonces vosotros os imaginaréis que me voy a portar de una forma «característica de esa raza». Así que solo soy un perro.

Nací en una camada de siete cachorros. Tenía tres hermanos y tres hermanas, y nos crió nuestra mamá. Era encantadora, una buena madre. Nunca conocimos a nuestro padre —nos han dicho que simplemente apareció una noche y se marchó por la mañana, y nunca se le volvió a ver el pelo—. Nacimos al cabo de sesenta y cuatro días.

Permanecimos con mamá durante ocho semanas, y fue una época muy importante. Nos enseñó todo lo que pudo sobre cómo teníamos que comportarnos, y nos enseñó a ser considerados con los demás y a no morder fuerte. Mis hermanos y hermanas y yo estábamos todo el día retozando, jugando, mordiéndonos y gruñéndonos, y en general nos divertíamos mucho. Pero cuidado, si yo mordía demasiado fuerte, los demás gemían y dejaban de jugar conmigo durante un rato. No era divertido que me dejaran de lado. No volví a hacerlo.

Como es natural, en aquel momento no sabíamos que nos íbamos a marchar. Pensábamos que íbamos a quedarnos todos juntos. Pero no, creo que al cabo de dos meses mi madre estaba harta de nosotros siete.

A mamá le ayudaba a cuidarnos su humana. La humana daba de comer a mi mamá, y a medida que íbamos creciendo, de vez en cuando mamá desaparecía durante un rato, y entonces la humana también nos daba de comer a nosotros. Ya habíamos probado esa comida antes: cuando saltábamos y lamíamos los labios de mamá, ella devolvía un poco de su comida para que nos la comiéramos. Era muy sabrosa, estaba templada y era deliciosa.

Intentábamos la misma táctica con la humana cuando se sentaba en el suelo para estar con nosotros, pero parecía que no le gustaba que le lamiéramos la cara. Lo intentábamos siempre, y brincábamos delante de ella cuando entraba, pero no podíamos llegar a su cara... ¡estaba demasiado lejos en lo alto de esas piernas! Ella nos decía que no saltáramos, y entonces se agachaba, de forma que su cara estaba más cerca, pero aun así no nos sacaba el desayuno como lo hacía mamá.

Una mañana se armó mucho jaleo, y había muchos humanos mirándonos y señalándonos. Los hay de todas las formas y todos los tamaños. Mamá nos explicó que se llaman «hombres» y «mujeres», y que sus cachorros se llaman «niños» y los hay de dos modelos: niños y niñas. Eso no me gustaba nada. Los humanos hacían mucho ruido, unos ruidos fuertes y extraños, y se inclinaban sobre nosotros por todos lados. Me cogían y me colocaban justo delante de su cara. No paraban de mirarme directamente a los ojos, y eso a un cachorro le da mucho miedo.

También había algunos humanos mirando a mi hermano Rex. Eran mucho más considerados, y estaban sentados al lado de Rex, pero sin agobiarle. Rex podía acercarse a ellos cuando le apetecía. Ellos alargaban los brazos para que Rex pudiera olfatearlos; a él le gustaba su olor, y entonces, al ver que eran encantadores, se acercaba para que le hicieran mimos.

Aquellos humanos simplemente estaban esperando a que Rex se diera cuenta de que no eran una amenaza. Me habría gustado que alguien le hubiera dicho a los humanos que estaban conmigo cuál era la mejor manera de comportarse. De repente, todo se acabó. Me separaron de mi mamá y de mis hermanos y hermanas. Me llevaron consigo un hombre y una mujer, que iban con un niño y una niña. Yo estaba verdaderamente asustado. Me llevaron a un sitio nuevo, lleno de imágenes, sonidos y, por supuesto, olores extraños. Yo estaba nervioso, y en seguida añadí mi propio olor para que supieran que había llegado. Los humanos se enfadaron mucho. Me gritaron y me restregaron la nariz en la zona que yo había marcado.

Estuve llorando toda la noche. Echaba de menos a mi mamá y a mis hermanos y hermanas. Estaba solo en una habitación, con una cama muy grande... ¡una cama grande y vacía!

Los humanos gritan mucho, y en general hacen mucho ruido. Parece que así es como se comunican entre ellos. Lo han intentado conmigo, pero el caso es que yo no les entiendo, y entonces se vuelven a enfadar. A veces me dan palmadas en el morro, o en el trasero, o me zarandean, y después me cogen y quieren ser mis amigos. Yo estoy muy confuso; las normas no paran de cambiar. Me dan una galleta de un plato que hay encima de la mesa. Eso está muy bien, pero cuando intento coger otra, me gritan.

No paran de decir mi nombre, pero cuando les hago caso, no hacen nada.

«Spot...Spot...Spot...Spot...»

Si pudiera, les diría: «Sí, ya sé cuál es mi nombre. ¿Qué queréis?». También he averiguado que algunos de sus sonidos tienen un significado, como mi nombre. Sé lo que significa «siéntate» porque lo dicen muy bruscamente y me empujan el trasero hacia abajo. Da la impresión de que piensan que cuanto más fuerte sea el sonido, mejor voy a entenderlos.

Sé que no son malos, y que la mayor parte del tiempo son amables, pero el caso es que parece que piensan que yo debería entender esos sonidos tan graciosos que hacen. Llevan una vida muy complicada, pero, como decía antes, yo solo soy un perro, un animal sin complicaciones, y mientras me den comida, mientras sepa cómo conseguir más, disponga de tiempo para jugar, tenga a alguien que sepa lo que hay que hacer si

algo me asusta y esté verdaderamente seguro de dónde encajo en el esquema de las cosas, seré feliz.

Mis humanos me llevaron a un extraño lugar llamado «el veterinario». (Les llamo «mis humanos» porque, aunque son completamente caóticos, me he encariñado mucho con ellos.) Después de la visita al veterinario mis humanos me sacaron por primera vez de nuestra madriguera, y por alguna razón me ataron a ellos con una especie de cuerda que iba desde mi collar hasta su mano.

Al principio desconfiaba, pero en seguida empecé a pasármelo bien. Yo tiraba para ver lo que había a la vuelta de la esquina, montones de olores estupendos, y de repente, ¡brrrrumm!, una cosa rápida y reluciente pasó a toda velocidad junto a nosotros. Menos mal que no nos dio. Yo le ladré, y la cosa se alejó muy deprisa. No está mal: un ladrido y salen corriendo.

Había otro perro —bueno, olía como un perro—; era gigantesco y me ladraba. Yo me asusté un poco e intenté esconderme detrás de mis humanos. Me cogieron en brazos y se acercaron a aquel perro para que le saludara. ¿Pero qué hacen? Estoy aterrado, no le conozco, es capaz de comerme o de darme una paliza y matarme. ¿Por qué no puedo simplemente mirarle desde lejos y después acercarme si me apetece?

Como os decía, no soy más que un perro, y vivo una vida muy sencilla. Se me da muy bien ser un perro, es probablemente mi mayor virtud. Sin embargo, se me da muy mal ser una persona, pero así es como muchos humanos creen que tendría que comportarme.

El problema es que no comprendo el mundo de los humanos; cuando salgo de la madriguera me encuentro con

montones de escenas y sonidos aterradores. Unas cajas de metal grandes, ruidosas y con ruedas, que van a toda velocidad y me pasan muy cerca. Yo me abalanzo para echarles, pero si lo hago me riñen. Brinco delante de mis humanos para pedirles ayuda, para pedirles que tomen una decisión, pero ellos me riñen. ¿Cómo tendría que explicarles que a veces me asusto?

Cuando llegamos a un gran espacio mi humano me desatan. ¡Guau!, es una sensación estupenda... Estoy libre y puedo correr por ahí, y divertirme. ¿Qué es eso de ahí? Es una ardilla. ¡Empieza el juego! Salgo corriendo, muy pronto traeré algo para el almuerzo, y todos me lo agradecerán. Mis humanos están haciendo mucho ruido, pero, en vez de quedarse ahí alborotando, tendrían que estar a mi lado, apoyándome. Bueno, ya sé que no son una manada de búfalos, pero aún así me resulta difícil rodear yo solito a una ardilla, sobre todo si se ha subido a un árbol y me está tirando piñas. Como no me han ayudado, la ardilla se ha escapado, pero bueno, no se puede ganar siempre...

En el camino de vuelta para reunirme con mi manada —que sigue haciendo mucho ruido— me encuentro un conejo muerto, bien gordo. ¡Con eso nos apañaremos! Si no podemos comer estofado de ardilla, a lo mejor les apetece un ragú de conejo. Cuando me aproximo con mi trofeo, tienen pinta de estar a la vez enfadados y horrorizados. Cuando les dejo el conejo entre las piernas, no parecen apreciar mi regalo.

Me llevaron a un lugar llamado «Curso de obediencia», que me resultó bastante desconcertante. Aunque ahora me doy cuenta de que hay algunos cursos verdaderamente buenos, el

curso al que me llevaron me pareció un poco absurdo. Da la impresión de que para los humanos es vital que su perro asista al centro cultural del pueblo los jueves por la tarde y que se dedique a dar vueltas durante una hora en compañía de otros perros, y que luego vuelva a su casa. Estos humanos son un poco raros, ¿no? No conozco a ninguno de esos perros, no son de mi manada. Algunos son majos, pero otros son unos alborotadores, o simplemente están confusos.

A medida que pasaban los días, empecé a comprender mejor los sonidos que hacen los humanos, e intenté con todas mis fuerzas hacer las cosas que me piden. Camino a su lado cuando me sacan a pasear, me siento cuando me lo piden y me voy a mi cama. Sigo persiguiendo cosas por ahí: me divierto y me siento libre así, aunque siempre me llevo una bronca cuando vuelvo. Estoy seguro de que algún día les encantará que les lleve algo de comer.

Me daba la sensación de que ellos necesitaban que hiciera más cosas, así que les aviso cuando alguien llama a la puerta o cuando oigo que hay algo fuera. Yo ladro para que se enteren, y ellos se ponen a gritar. Yo les he alertado de un peligro, y ellos me hacen caso. ¡Fenomenal!

Pero... la cosa no es tan fenomenal. Ahora se han puesto a gritarme, muy alterados, así que yo ladro más fuerte. ¿Quieren que ladre más? No lo sé —estoy muy confuso—, pero lo que sí sé es que estoy asustado, y ellos también. ¿Qué tenemos que hacer? Ellos no hacen nada. ¿Quieren que yo haga algo? ¿Morder? ¿Salir corriendo? ¿Por qué no son capaces de tomar una decisión clara? ¿Acaso por eso estoy yo aquí? No, no esperéis que se me ocurra una respuesta... por favor.

No puedo relajarme durante el día, porque no sé lo que va a pasar; ni lo que van a hacer ellos. No puedo comer por la mañana porque estoy bastante nervioso. ¿Qué pasará hoy? Yo les sigo por toda la casa. No me gusta nada estar solo, y me parece que a mis humanos tampoco, porque siempre necesitan que esté a su lado. Sí, quieren que esté a su lado... estoy seguro.

Me siento a su lado y me recuesto sobre ellos cuando están en la madriguera; parece que les gusta sentir la seguridad de que yo estoy ahí para protegerles. Bueno, parece que sí encajo, pero es un trabajo muy duro. Siempre tengo que estar alerta, y realmente no me relajo hasta por la noche, cuando están todos en casa y se apalancan delante de una extraña caja temblorosa que emite extraños sonidos a todo volumen. Yo la detesto, y de vez en cuando le ladro cuando está encendida. No estoy seguro de lo que es, pero ya sabe que si intenta hacer algo, tendrá que vérselas conmigo. Tampoco es que yo tenga muy claro lo que hay que hacer..., pero está avisada. Una vez le di un golpe, y mis humanos me pegaron y me gritaron. No volveré a hacerlo. Sin embargo, sigo detestándola, y tengo que estar alerta, por si acaso.

Cuando se van a dormir, yo también puedo dormir. Pero como cualquier buen progenitor, estoy a su disposición. Eso es lo que quieren, estoy seguro.

Ahora nos damos unos buenos paseos con la correa. He aprendido a quedarme a su lado, a menos, por supuesto, de que haya algo más interesante (y normalmente lo hay), o si pienso que algo puede suponer un problema, y es preciso que le ladre para decirle que se vaya. La semana pasada se lo dije a un contenedor de basura, pero no se movió. Me pareció

extraño: ¡tenía ruedas! De todas formas, le di un mordisco cuando pasamos junto a él. ¡Para que aprenda! Pero no les entiendo en lo más mínimo. No obstante, me dan comida, y tengo una cama, y jugamos, y hacemos montones de cosas divertidas.

Un día, cuando iba de paseo, me encontré con mi hermano Rex. Nos divertimos mucho corriendo por ahí, y recordando los viejos tiempos. ¿Se acuerdan de que les conté lo diferentes que eran los humanos que se llevaron a Rex de la manada que me llevó a mí? Bueno, pues Rex ha tenido verdadera suerte. Quiero mucho a mis humanos, pero me vuelven loco con sus incoherencias. Lo intentan con todas sus fuerzas, pero justo cuando parece que llegamos a alguna parte, lo vuelven a estropear. Son amables, cariñosos..., pero son muy confusos.

Rex me cuenta que desde el primer día sus humanos nunca le dijeron que hiciera algo que él no comprendiera; primero se lo enseñaban. No estaban todo el rato hablándole en un lenguaje que no entendía, sino que se comunicaban con muchas señales no verbales. «Lenguaje corporal», creo que lo llaman los humanos. Y por eso, cuando el humano le habla a Rex, siempre es para algo bueno: «Tráelo»... «Ven»... «Buen chico»... Y así, cuando Rex oye que le llaman, su reacción es: «¿Qué puedo hacer por ti?». Cuando yo oigo que me llaman, siempre me preocupa un poco no saber lo que esperan de mí.

Tengo entendido que el dueño de Rex estuvo hablando con alguien llamado «comunicador canino puro», que le dio muchos consejos e información, y eso le hizo la vida mucho más fácil tanto a Rex como a su humano. Lo bueno es que ahora

nos vemos a menudo en el parque, y mientras Rex y yo estamos jugando, nuestros humanos hablan. El humano de Rex ha empezado a contarme al mío las técnicas que utilizó, y la cosa promete. Cada vez que volvemos a casa después de jugar con Rex, mi humano parece estar un poquito más en la onda. Puede que las cosas vayan a mejor. ¡Seguiremos informando!

Tres años después

Ya tengo tres años, la vida me va bien, y sigo viendo a mi hermano Rex de vez en cuando; nos divertimos mucho. Sin embargo, ¡menuda sorpresa!: el otro día, dando un paseo por el bosque jugando con mi humano, me encontré con mi hermana Spotless. La reconocí inmediatamente; se parece muchísimo a mí, ¡pero no tiene manchas! No es una chica muy femenina, y no hace honor a su nombre, porque casi siempre está cubierta de barro.

Estaba mucho menos relajada que Rex o que yo, así que, después de los habituales saludos de cortesía y de oleros el trasero y esas cosas, se sinceró un poco conmigo. La llevaron con una familia cuando todos nos separamos de mamá, pero a la edad de ocho meses de repente vio como la dejaban en una perrera. Ella no sabía por qué.

Spotless decía que en su casa había sido una niña modélica, que ladraba todo el rato dentro de casa cuando alguien llamaba a la puerta, que ladraba a los gatos para que no entraran en el jardín, y que incluso escarbó para pasar por debajo de la valla de los vecinos y volvió con un conejo que estaba sentado en el patio. De hecho, ladrar a los

gatos le divertía, y aunque le fastidiaban mucho, era algo con lo que entretenerse.

Había salido a pasear, había perseguido conejos, y de vez en cuando cazaba alguno, pero era muy difícil, pues son muy rápidos. Así que cuando apareció uno en casa de los vecinos, pensó que iba a ser un almuerzo fácil para la familia y que todo el mundo se lo iba a agradecer. Por desgracia, no fue así. Todos empezaron a gritarle, y entonces apareció el vecino, que hasta entonces había sido un tipo majo. Bueno, pues no estaba nada contento. Cuando se marchó, volvieron a reñir a Spotless. Está claro que ya no le gusta el vecino, pero ella no sabe por qué.

Spotless decía que se echaba encima de toda la familia, y también de las visitas. Siempre le prestaban atención cuando ella la pedía; a veces los humanos estaban de mal humor, a veces eran buenos...; ella no tenía ni idea de por qué. ¡Todo era tan confuso! Spotless no estaba segura de lo que tenía que hacer con los desconocidos, y su ansiedad la inquietaba todavía más, hasta que un día se hartó y mordió a uno. Entonces su dueño la sujetó y empezó a gritarle...; se sentía asustada y atrapada. Después apareció otro visitante que le daba miedo, se agachó para acariciarla, pero ella le gruñó. El tipo siguió adelante y alargó la mano para acariciar a Spotless. Ella no podía salir corriendo, así que le dio un mordisco. Parece que eso es algo que a los humanos no les gusta demasiado. Si le hubieran dicho a aquella persona que no insistiera, Spotless no habría tenido que llegar tan lejos. Estaba asustada, ¿qué quieren que haga una chica en una situación como aquella?

La mandaron a aquella perrera, y, ¡quién lo iba a decir!, la persona que se la llevó a su casa era un amigo de los humanos de Rex. Ahora Spotless se da cuenta de que todo lo que había hecho estaba bastante fuera de lugar. Estaba tomando decisiones en nombre de su familia que realmente no eran necesarias. Bastaba con que le hubieran enseñado cómo querían que se comportara. Los humanos actuaban todo el tiempo de una forma tan vehemente que Spotless no tenía espacio para pensar y relajarse.

Su humano ha tenido la delicadeza de darle tiempo para tranquilizarse y para disfrutar de las cosas sencillas de la vida. Lo bueno es que ahora, cuando ella ladra, su dueño se asoma a la ventana, mira a la calle, la aparta suavemente de los ruidos estridentes y la abraza dulcemente. Eso le da la oportunidad de sentir la tranquilidad de su dueño, y ha ayudado a que comprenda rápidamente que a él no le molestan sus ladridos, pero además acepta de manera amable que Spotless estaba consternada; después su dueño le enseñó que todo iba bien. Es estupendo que ahora haya alguien que la comprenda, y está empezando a tranquilizarse.

Antes, sus paseos con correa eran una pesadilla —me recuerda el juego del «tira y afloja»—, como me pasaba a mí cuando era joven. Ahora Spotless está aprendiendo a pasear al lado de su humano, una persona amable y comprensiva, y a disfrutar de su compañía, porque está empezando a confiar. Si ella está preocupada, él hace lo necesario para demostrarle que todo va bien y que él toma las decisiones que atañen a la vida de Spotless. Ella le adora, pero hay algo más: también confía en él y le respeta.

Él se portó fenomenal cuando la sacó de la perrera. Dejó que se tranquilizara a su propio ritmo, no la presionó para que conociera a un montón de gente nueva, ni la llevó a un montón de lugares extraños. Dejó que Spotless pasara un tiempo en su nuevo hogar para que disfrutara del simple hecho de ser una perra, para que conociera a su nuevo humano y que aprendiera cómo comportarse dentro de la casa y en el jardín.

Spotless decía que incluso fue capaz de dormir muy bien durante el día al cabo de una semana, y que empezó a relajarse y a disfrutar de ser ella misma. Bueno, sigue metiendo la pata de vez en cuando, pero cuando lo hace, su humano la corrige suavemente. Ha aprendido a controlar su excitación y a no brincar hacia la gente, porque si no brinca le hacen mimos, así que se aparta un poco y espera pacientemente. Ahora tampoco se enfada ni se excita con facilidad; no siente la necesidad de morder, ya que su dueño está siempre ahí, pendiente de que nadie la intimide, una situación que a Spotless le pone muy nerviosa.

Bueno, creo que lo mejor es dejarlo aquí. A medida que usted vaya enterándose de más cosas sobre nuestra forma de pensar y sobre lo que pretendemos de nuestros humanos, espero que comprenda que lo único que queremos es que nos quieran y nos comprendan, y sobre todo, ¡ser capaces de comprenderle a usted!

Ah, sí, se me olvidaba; la semana pasada ocurrió una cosa maravillosa: Rex y Spotless vinieron a casa y se quedaron dos noches. Nos divertimos mucho, aunque acabamos tirando una maceta del cuarto de estar, pero bueno, Bob, mi humano,

no se enfadó. Simplemente lo recogió todo delante de nosotros sin decir nada..., aunque ahora ya sé que cuando él no dice nada es que no está nada contento. Tendré más cuidado de ahora en adelante... lo mejor es salir a jugar fuera.
¡La vida es maravillosaaaaa!